
La Avispa Colorada

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9072

Título: La Avispa Colorada

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento, Artículo, Crónica

Editor: Brian

Fecha de creación: 28 de julio de 2026

Fecha de modificación: 28 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Avispa Colorada

Mortal por mortal, el veneno de la avispa colorada lo es en mayor grado que el de la víbora. Si no lo parece, es por la insignificante cantidad de que aquélla dispone. Pero si en vez de una gotita microscópica, la avispa inyectara con su aguijón cuatro o cinco gruesas gotas, como las víboras comunes, o veinte y más, como las grandes yararás, otro sería el porvenir de sus víctimas.

Pocos animales, por lo demás, tan bien dotados para la batalla como la avispa colorada. Ni el león ni el tigre dan, en su recogimiento de resorte al saltar, la impresión de ataque de la avispa cuando, presta a disparar desde el borde de su nido, clava los ojos inmóviles en su agresor.

Fuera de su avispero, donde sus funciones de familia la exasperan hasta la ferocidad, la avispa que nos ocupa es más bien un manso insecto.

En las grandes épocas de sequía, nuestra casa en Misiones se veía asaltada por todas las avispas del contorno, en procura de agua.

Los baldes al lado de la cocina zumbaban por fuera y dentro; y en la mesa, a la hora de comer, los vasos parecían rayados por las avispas que ascendían por sus paredes y bajaban cabeza abajo a beber en ellos.

No nos molestaban, acostumbrados como estábamos en el trato con los animales a no hacer con ellos movimientos bruscos. Alguna vez, sin embargo, al tender nuestro dedo salvavidas a una avispa que sobrenadaba girando sobre sí misma, fuimos picados por la avispa, que se aprovechó

ansiosa de nuestro dedo, y nos clavó el aguijón, —todo en uno.

Como las condiciones de nuestro bungalow nos mantenían al principio gran parte del día en las escaleras, para concluirlo a martillazos, y las avispas colgaban del corredor sus nidos chatos, cribados y resecos, como torrejitas de cartón, nos vimos obligados a llegar con ellas a un *modus vivendi* que trajo paz a casa.

El secreto consistió en hablar a las avispas, explicándoles de cerca y con manso tono, la necesidad de martillar en tal clavo, de desviar tal alfaja pesada de avisperos, todo con el tono persuasivo y sereno con que puede uno dirigirse a un ser superior.

Las avispas, abalanzadas todas sobre el borde del panal y prestas a lanzarse, no comprendían una palabra de nuestro discurso, —cualquiera lo cree;— pero comprendían el tono de la voz; y este tono tranquilo, sin agresión ni temor alguno, era el que las mantenía vibrando sin atacar, mientras nosotros continuábamos aproximando la mano hacia ellas, a compás de expresiones de este valor:

—No sean zonzas... No les queremos hacer nada... Estéanse quietas... ¡Cómo si el mundo se fuera a venir abajo por tocar sus ridículas alas!...

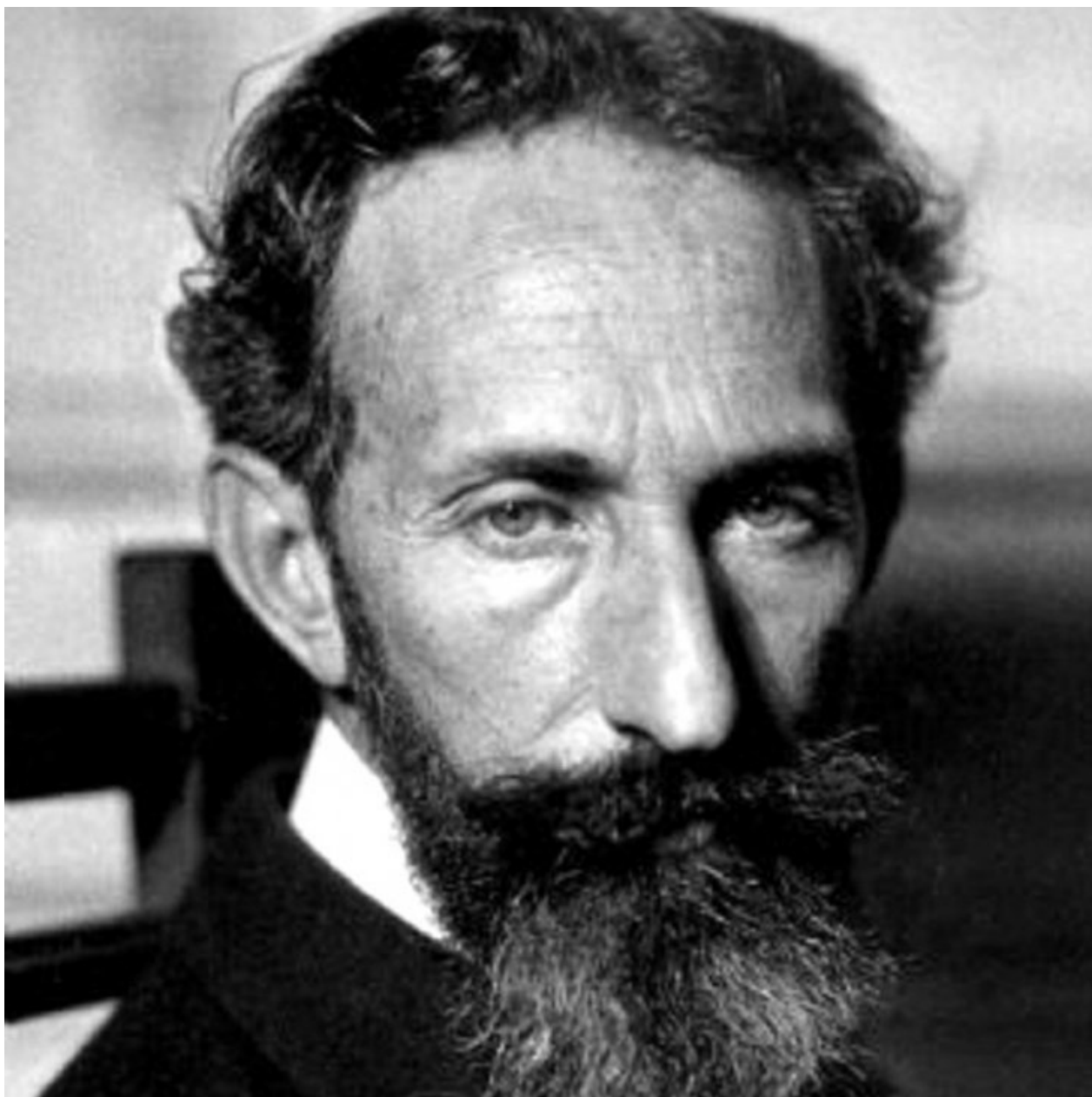
Sin más que esto, lentitud de movimientos y llamados a la persuasión, llegamos a pasar la mano a las avispas coloradas en su propio panal.

Un joven inspector de estaciones meteorológicas que asistía un día a nuestro manejo, expuso con serena confianza que él haría lo mismo, sin conocer mucho ni poco el país. Llegó, en efecto, hasta el nido de avispas; pero fue cruelmente picado.

El joven meteorólogo era criollo, y fumaba grave y científicamente una pipa de inglés. Esto sin duda explica la irritabilidad de las avispas, que no comprendieron ni el tabaco

ni a su fumador.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)